

La sangre de la Tierra

Quien me contempla desde un altozano apreciará mis hermosos colores. Quien me admira y me respeta me encuentra hermosa. Quien me analiza en profundidad sabe que soy un macro-corpus extraordinario con millones de colores y de savias. A través del follaje de matices claro, oscuro, oliva, malaquita, corrosivo cardenillo...es un espectáculo multicolor mi verde omnipresente que transmite "vida y esperanza", y constituye una parte de mi ropaje.

Soy la Tierra. Vivo sustentada desde tiempo inmemorial por el agua en un recorrido permanente e inmutable desde hace millones de años. Las nubes son el principal fenómeno atmosférico visible y el más necesario para mi sostenimiento. En un ciclo extraordinario en el que el Sol es el principal motor de este milagro, el astro rey transporta la humedad de la superficie de la Tierra hasta los niveles superiores de la atmósfera, lo que supone que vigillones de moléculas de agua, se convierten en vapor.

Este proceso condensador invisible y vital me envuelve en un recorrido peregrino con millones de metros cúbicos de agua convertidos en masas nubosas que ascienden y descienden del Mar al Cielo, del Cielo a la Tierra, de la Tierra al Cielo... Es un viaje permanente del agua que, finalmente retorna a mí en forma de precipitaciones de lluvia y nieve, que nada más descender, renueva permanentemente la vida.

En un tiempo en que yo no mostraba mi grandiosidad ni mi verdadera identidad, fui bautizada con el nombre de Tierra cuando en realidad debería llamarme: Mar o Agua, si mis tres cuartas partes de superficie son Océanos, Mares, ríos y lagos.

El agua es tan extraordinaria e inconmensurable que es la única sustancia que existe a temperaturas ordinarias en los tres estados de la materia. O sea, el agua puede ser un sólido, un líquido o un gas. Como sólido se encuentra: en forma de nieve, granizo, escarcha, en las nieves perennes de los glaciares, en los casquetes polares y en las nubes compuestas por cristales de hielo. Como líquido el agua hace su camino a través de mis Océanos y Mares, que son los vasos comunicantes del riego sanguíneo de mi corazón y mi cerebro. Los acuíferos son mis venas capaces de almacenar, filtrar y liberar agua a través de las rocas; las arterias y los capilares son los que abastecen a los serpenteantes ríos, lagos, lagunas e infinidad de pequeños riachuelos que se agrandan en torrentes oxigenando y nutriendo las diferentes partes y materias que configuran mi cuerpo. Como gas, o vapor de agua, existe en forma de niebla o nube, que a su vez está compuesta de pequeñas gotas de agua y de diminutos cristales de hielo.

Tengo atuendos para las diferentes escalas climáticas: cuando el clima es boreal de nieve de hielos polares y la temperatura es siempre a 0°C, me visto de blanco. Sin embargo cuando el clima es árido continental o desértico en el que la temperatura no baja jamás de los 20°C, un dorado ondulante me envuelve. El más impetuoso, más vigoroso, más precipitado, es el clima de la selva tropical, en donde las precipitaciones nunca son menores de 600 mm mensuales. En la sabana y en el clima monzónico, solo hay un mes al año en que caen menos 600 mm de precipitación. Como resultado de esa simbiosis eficiente y perfecta del agua recorriendo mi cuerpo y mi estructura alimentándola y llenándolo de vida, en todos los lugares que llueve: siempre me visto de verde.

Con el clima de estepa, me vuelvo casquivana, ante la exuberancia de la flora primaveral y voy cambiando de atuendo: del verde al blanco, del blanco al azul... al anales pardo-rojizo... hasta que llega la nieve. En la tundra todo es in extremis y va al límite de posibilidades. Desde una eficacia vital para acoger a grandes colonias de aves migratorias, hasta los desiertos polares casi sin vida. La tundra, terreno abierto y llano, ocupa la mayor parte de mi configuración, esta magnitud se extiende desde Alaska, Siberia a los bosques y a las regiones polares y nieves perpetuas. Su vegetación está adaptada a condiciones extremas y yo me envuelvo en rojizos, ocres, marrones térreo, blancos...

El hombre, siempre ha creído que yo vivía por una sucesión de hechos ajenos a los propios hombres y que ellos eran mis dueños, mis beneficiarios. Ahora saben que mi supervivencia está ligada a equilibrios frágiles que pueden alterar mi armonía destruyéndola para siempre, incluso también la suya. Ahora saben que el agua guarda misterios y que sus moléculas tienen memoria, que sus recorridos son hereditarios, que el agua bendita no se corrompe ¡jamás!, que el agua sulfurosa extremadamente caliente alberga vida con criaturas inusuales....Otro de los misterios increíbles del agua es que un ampo copo de nieve es diferente a los vigillones de copos que caen del cielo. Ahora saben que sin el agua, no existiríamos, ni ellos ni yo.

Dicen que la vida ha empezado en el líquido elemento quizás transformada de otro elemento preciado del que no tenemos conocimiento. Un día, alguien propuso que el agua no era un elemento sino un compuesto de oxígeno e hidrógeno. Da igual el nombre que tenga el agua, este extraordinario elemento es quién me llena de vida, y al que yo le rindo pleitesía revistiéndome de color verde esperanza.

Yo soy una realidad con millones de lugares privilegiados por la cantidad de ríos que me bañan. En un apartado rincón verde a la orilla del Mar, de los muchos rincones que conforman mi cuerpo, existe un punto estratégico: Galicia. Con un entramado de ríos rebosantes de vida en los que la trucha, el reo, anguila y el salmón son sus beneficiarios.

Empezando por el río más importante el Miño, el Ulla es el que le sigue en extensión, pero, es el río Sil, quien le aporta el agua. Esta superficie vital está configurada por cientos y cientos de pequeños y medianos arroyos con una nomenclatura extraordinaria que forman una serie de riachuelos que a su vez engrandecen a los ríos “mayores”. En el río Umia, nada menos que una veintena de ríos desembocan en él; en el Lerez, lo hacen diecisiete ríos; el río Verdugo recibe el agua de trece ríos; el Tambre es otro de los muchos ejemplos de la profusión del agua. Esta gran diversidad de corrientes de agua no puede clasificarse como ríos, pero son ríos al fin y al cabo. Ríos pequeños y medianos como el Masma, el Mandeo, Allóns Mera. Castro, Barbanzanos, Condomiñas, Río das Mesetas, Río Grande Landas, Limia, Lambre, Ouro, Ferreiras, Sar.... Hay ríos limítrofes como el Sor, que separan A Coruña y Lugo; el Eo, que separa Lugo de Asturias y el Navia, que discurre por Lugo y Asturias. El río Xallas, es uno de los ejemplos que diferencian los ríos de Galicia; su cuenca discurre en horizontal en casi todo su terreno y en su desembocadura en la ría de Izaño forma una hermosa cascada. El río Eume, con una gran cuenca de agua fruto de las abundantes precipitaciones, discurre a veces encajado en su trazado sinuoso y sus afluentes son más largos que los de otros ríos al estar favorecidos por la depresión en todo su entorno. Todos estos lugares son de un verde permanente

Claro que siempre pasan cosas probablemente evitables y es que el hombre con su afán de posesión de todo lo que lo rodea no considera imprescindible proteger el agua del Mar, de los ríos, de los lagos...Este es un tesoro que los hombres no han sabido respetar, a pesar de que es un bien supremo sin el que no existiría la vida. Recuerdo la contaminación del río Xubia, por los vertidos de una conservera, en la Ría de Ferrol. Por cierto, contaminada de por vida con una bacteria. Esto que ha ocurrido tantas veces volverá a ocurrir si el hombre no se conciencia de que yo, ¡soy más importante que el intocable espacio infinito! Deseo que el río Xubia recupere su salud para que su caudal sea referencia de vida y agua como en los otros ríos y que todos los conocimientos de lo que son portadores los hombres, los canalicen para proteger mi sangre: el agua que nos da vida.

Es tiempo de reverdecer, de desprenderse de cadenas. El hombre ha de considerar el agua como un bien supremo para que el Sol siga con su clico milenario llenándonos de vida. Ningún humano por inteligente que se considere, conseguirá jamás por méritos propios sin la simbiosis del Sol y del agua, que brille sobre los grandes ríos, sobre el inmenso azul del Mar, en la lejanía de las inmensas praderas, el hermosísimo Arco-Iris.

El crepúsculo cerca del Mar sobreviene bruscamente y en la línea del horizonte el agua ya no es verde, si no que es un extraordinario espectáculo bicolor, de agua verde oscuro y

negro fundiéndose entre los reflejos azulados, naranja, fuego y rojos que se desprenden de la
anohecida que baja del Cielo y me cubre.

Santiago de Compostela a 28 de julio de 2011